

LIBRO QUINTO

EL DESCENSO

I

VICTORIA DE UN PROGRESO EN LA VIDRIERÍA NEGRA

Pero ¿qué era entre tanto de aquella madre que, al decir de las gentes de Montfermeil, parecía haber alandado á su hija? ¿dónde estaba? ¿qué hacía?

Después de haber dejado á su niña, la linda Coseta, confiada á los Thénardier, había continuado su viaje hasta que llegó á M.

Segun recordará el lector, sucedía esto en 1818.

Diez años hacía ya que Fantina había abandonado su provincia; y durante este tiempo, M. había cambiado enteramente de aspecto. Mientras que Fantina descendía por caminos de miseria en miseria, su ciudad natal había prosperado bastante.

Haria como unos dos años que habia tenido lugar allí uno de esos hechos industriales que constituyen los grandes acontecimientos de la vida en esas pequeñas poblaciones, formando época en los fastos de su historia.

La importancia de este detalle hace que creamos útil desenvolverle; casi nos atreveríamos á decir, subrayarle.

De tiempo inmemorial, M. tenía por industria especial la imitación de los azabaches ingleses y de la vidriería negra de Alemania. Esta industria habia vegetado siempre, á causa de la carestía de las primeras materias que influía naturalmente en la mano de obra. En el momento en que Fantina volvió á M., habíase operado una transformación inaudita en esta producción de los « artículos negros. » Hacia fines de 1815, habia venido á establecerse en el pueblo un hombre, un desconocido, que tuvo la feliz idea de sustituir, en aquella fabricación, la goma laca á la resina, y para los brazaletes, en particular, los pasadores de chapas sencillamente aproximadas á los pasadores de chapas pegadas ó soldadas.

Este cambio, tan mínimo é insignificante al parecer, fué sin embargo una revolución.

Con efecto, esta pequeña modificación, reduciendo prodigiosamente el precio de la primera materia, permitió obtener los resultados siguientes: primero, elevar el precio de la mano de obra, lo cual era un beneficio para el país; segundo, mejorar la fabricación, lo que era ventajoso al consumidor; tercero, vender más barato, al mismo tiempo que se triplicaba el beneficio, aprovechando así al público y al fabricante.

Una sola idea produjo estos tres resultados importantes.

En ménos de tres años, el autor de este procedimiento se habia enriquecido, lo que era ya un bien sin duda, y habia hecho enriquecer á todos cuantos le rodeaban, lo que era mejor aún. Era extraño al departamento. Nada

se sabía de su origen, y muy poco de sus antecedentes. Contábase que habia venido al pueblo con poquísimo dinero, algunos centenares de francos, á lo más.

De este mezquino capital, puesto al servicio de una idea ingeniosa, fecundado por el orden y por el pensamiento, es de donde sacó él su fortuna y la fortuna de todo el país.

Á su llegada á M., tenía la ropa, el porte y el lenguaje de un obrero.

Parece que el mismo día en que hizo tan oscuramente su entrada en la pequeña villa de M., á la caída de una tarde de Diciembre, con el saco á la espalda y un nudoso palo de acebuche en la mano, acababa de estallar un grande incendio en la casa de ayuntamiento. Aquel hombre se lanzó al fuego, y salvó, con peligro de su vida, á dos niños que resultaron ser hijos del capitán de la gendarmería; por lo cual nadie pensó en pedirle pasaporte. Desde entónces, habíase sabido su nombre. Llamábase *el tío Magdalena*.

Era un hombre como de cincuenta años, de gran bondad de carácter y de aspecto preocupado. Hé aquí todo cuanto de él podía decirse.

Gracias á los rápidos progresos de aquella industria, transformada por él de un modo tan admirable, M. se convirtió en un centro de negocios de bastante consideración. La España, que hace gran consumo de azabache, dirigía allí cada año inmensos pedidos. En este género de comercio, casi hacía M. concurrencia á Londres y á Berlín. Los beneficios del tío Magdalena eran tales que, desde el segundo año, pudo construir una gran fábrica en la cual había dos vastos talleres, uno para los hombres y otro para las mujeres. Todo el que tenía hambre podía presentarse allí, seguro de hallar ocupacion y

pan. El tío Magdalena pedía á los hombres buena voluntad, á las mujeres costumbres puras, y probidad á todos. Había dividido los talleres, á fin de separar los sexos, y de que las mujeres y las jovencitas pudieran trabajar juiciosamente. Sobre este punto era él inflexible; siendo el único en el cual fuese hasta cierto punto intolerante. Y tenía tanta más razón para desplegar esta severidad, cuanto que siendo M. una villa de guarnicion, abundaban las ocasiones de corromperse las costumbres de sus moradores. Por lo demás, su venida había sido un beneficio, y su presencia era una providencia para aquella poblacion. Antes de la llegada del tío Magdalena, todo languidecía en el país; ahora, todo vivía con la vida sana del trabajo. Una fuerte circulacion lo animaba todo y penetraba por todas partes. La huelga y la miseria eran desconocidas. No había bolsillo tan oscuro donde no anidara un poco de dinero, ni hogar tan pobre donde no reinara un poco de alegría.

El tío Magdalena empleaba á todo el mundo. No exigía sino una sola cosa: ¡ Sed hombres de bien ! ¡ Sed muchas honradas

Como hemos dicho, en medio de esta actividad cuya causa y cuya fuerza impulsiva era él mismo, el tío Magdalena hacía su fortuna, pero ¡ cosa bastante singular tratándose de un hombre de negocios ! no parecía que este fuera su principal objeto; pues pensaba mucho en los demás, y poco en sí mismo. En 1820, se le conocía una suma de seiscientos treinta mil francos colocada en casa de Laffite; pero ántes de reservarse él estos seiscientos treinta mil francos, había gastado más de un millon para la villa y para los pobres.

El hospital estaba mal dotado; él fundó diez camas. M. está dividida en villa alta y villa baja. La villa baja donde él habitaba, no tenía sino una escuela, en un casucho que se desplomaba en ruinas; él había construido dos

una para las niñas, y otra para los varones. De sus propios fondos señaló á los dos maestros una pension doble del mezquino sueldo oficial; y un dia le dijo á un sugeto que manifestaba admiracion por este proceder: « Los dos primeros funcionarios del Estado son la nodriza y el maestro de escuela. » Á sus expensas habia fundado tambien una sala de asilo, ó escuela de párvulos, institucion que entonces era casi desconocida en Francia, y una de socorros para la vejez y enfermedades de los obreros. Siendo su manufactura un centro, bien pronto surgió en su derredor un nuevo barrio, donde habitaba un gran número de familias indigentes; allí habia establecido él una botica gratuita.

En los primeros tiempos, cuando le vieron comenzar sus tareas, las buenas almas decian: Ese es un intrépido que quiere enriquecerse. Cuando le vieron enriquecer al país antes de enriquecerse él mismo, las mismas buenas almas decian: Es un ambicioso. Parecia esto tanto más probable, cuanto que aquel hombre se manifestaba un tanto dado á las prácticas religiosas, lo que era muy bien visto en aquella época. Iba habitualmente á oír una misa rezada todos los domingos. El diputado local, quien por todas partes creia ver que le suscitaban competencia, no tardó en inquietarse de aquella religion. Este diputado, que habia sido miembro del Cuerpo legislativo del imperio, participaba las ideas religiosas de un padre del Oratorio conocido bajo el nombre de Fouché, duque de Otranto, de quien era hechura y amigo. Á puertas cerradas, solia él reirse de Dios calladito. Pero desde el momento en que vió al rico manufacturero Magdalena ir á la misa rezada de las siete, entrevió en aquel hombre un candidato posible, y resolvió aventajarle; al efecto, tomó un confesor jesuíta y fué siempre á oír misa mayor y á las vísperas. La ambicion consistia en aquella época, en la acepcion literal y directa de la palabra, en una carrera al campanario. Tambien los pobres se apro-

vecharon como Dios, de este terror, pues el honorable diputado fundó otras dos camas en el hospital; lo cual hizo ya elevar á doce el guarismo de las camas nuevamente fundadas.

Etre tanto, circuló por la villa en una mañana de 1819, la noticia de que, á propuesta del señor prefecto, y en consideracion á los servicios prestados al país, el tío Magdalena iba á ser nombrado por el rey corregidor de M. Los que habian declarado al forastero « ambicioso, » se aprovecharon solícitos de esta ocasion que todos los hombres anhelan para exclamar: ¡ Ahí está! ¿ qué es lo que deciamos nosotros? En todo M. hubo hablillas sobre esto. El rumor sin embargo no carecia de fundamento. Á los pocos dias, apareció el nombramiento en el *Monitor*. Al dia siguiente de recibirse en M., el tío Magdalena envió su renuncia.

En aquel mismo año de 1819, los productos del nuevo procedimiento inventado por Magdalena figuraron en la Exposicion de la industria; y con arreglo al informe del jurado, el rey nombró al inventor caballero de la Legion de honor. Nuevo rumor en la poblacion de M.; Ea bien! era la cruz lo que él queria! El tío Magdalena rehusó tambien la cruz.

Sin duda aquel hombre era un enigma. Las buenas almas salieron del apuro diciendo: Sobre todo, es una especie de aventurero.

Segun se ha visto, el país le debia mucho, los pobres le debian todo; era tan útil, que habia sido menester concluir por honrarle, y era tan modesto y apacible, que fué preciso que acabaran por amarle; particularmente sus obreros le adoraban, y él soportaba aquella adoracion con una especie de gravedad melancólica. Cuando le vieron ya rico, las « gentes de la buena sociedad » le saludaron y empezaron á llamarle en el pueblo « el señor Magdalena; » — sus obreros y los muchachos continuaron llamándole siempre *el tío Magdalena*, y era lo que le hacía sonreir de mejor gana. En

proporción que iba él subiendo, le llovían invitaciones. La « buena sociedad » le reclamaba por todas partes. Los saloncitos más encopetados de M. que, como se comprende muy bien, se habrían cerrado en los primeros tiempos al artesano, se abrieron de par en par al millonario. Le hicieron sus amables propuestas y agasajos, Todo lo rehusó.

Todavía esta vez las buenas almas no se desconcertaron: — Es un hombre ignorante y de baja educación. ¿De dónde habrá salido eso? No sabe comportarse en el mundo. Ni es cosa probada tampoco que sepa siquiera leer.

Cuando le habían visto ganar dinero, dijeron: Es un especulador. Cuando le vieron distribuir sus riquezas: Es un ambicioso. Cuando declinó los honores: Es un aventurero. Cuando rehusó las invitaciones de la « buena sociedad: » Es un bruto.

En 1820, á los cinco años de su llegada á M., eran ya tan manifiestos y tan brillantes los servicios que había prestado al país, y tan unánimes los votos de todo el pueblo en su favor, que el rey volvió á nombrarle alcalde corregidor de la villa. Otra vez volvió él á renunciar, pero el prefecto se resistió á admitirle la renuncia, todos los notables vinieron á rogarle que la retirase, el pueblo le suplicaba en medio de las calles, y la insistencia de todos fué tan viva y tan enérgica, que acabó por aceptar. Nótese sin embargo que lo que pareció principalmente decidírle fué el haberle apostrofaado, casi irritada, una vieja del pueblo que le gritó desde el umbral de su puerta: *Un buen corregidor, es útil. ¿Es que de'e retro ede se nunca ante el bien que se puede hacer?*

Esta fué la tercera fase de su ascension. El tío Magdalena se había convertido en el señor Magdalena: el señor Magdalena vino á ser por fin el señor corregidor.

III

CANTIDADES DEPOSITADAS EN CASA DE LAFFITTE

Por lo demás, él continuaba siendo siempre tan sencillo como el primer día. Tenía el pelo gris, la mirada grave, el cutis atezado de un obrero, y el semblante pensativo de un filósofo. Llevaba ordinariamente un sombrero de anchas alas, y un largo leviton de paño burdo, abotonado hasta la barba. Desempeñaba sus funciones de alcalde, pero fuera de ellas, vivía solitario. Hablaba con muy poca gente. Procuraba sustraerse á los cumplimientos, saludaba de lado, se esquivaba pronto, sonreía para dispensarse de conversar, y daba para dispensarse de sonreír. Las mujeres decían de él: ¡ Qué buen oso! Su placer consistía en pasear por el campo.

Siempre comía solo, con un libro abierto enfrente, en el cual leía. Poseía una pequeña biblioteca, bastante bien escogida. Gustaba mucho de los libros, de los amigos fríos pero

seguros. A proporción que el ocio le venía con la fortuna, parecía que se aprovechaba de él para cultivar su espíritu. Desde que se hallaba en M., notábase que de año en año su lenguaje se hacía más fino, más escogido y más afable.

Gustábase llevar una escopeta á sus paseos, pero rara vez se servía de ella. Cuando lo hacía, por acaso, tenía un tiro infalible, que asustaba. Nunca mataba un animal inofensivo. Jamas disparaba contra un pajarito.

Aunque ya no era jóven, referíase que tenía una fuerza prodigiosa. Ofrecía ayuda á cuantos la necesitaban en sus apuros desolivar peso, etc., levantaba un caballo postrado en tierra, empujaba una rueda atascada, y detenía por las astas un toro escapado. Siempre tenía sus bolsillos llenos de monedas al salir, y vacíos al entrar. Cuando pasaba á algun lugar de las cercanías, los pobres niños andrajosos corrían alegres tras él y le rodeaban como una nube de mosquitos.

Sospechábase que había vivido en otro tiempo la vida de los campos, porque poseía toda especie de secretos útiles que enseñaba gozoso á los labradores. Dábales á conocer la manera de destruir la polilla en los trigos, rociando el granero é inundando las hendiduras del suelo con una disolución de sal comun, y de aventar el gorgojo colgando por todas partes; en las paredes, en techos, en los pajares y en las casas, ramas de arviato en flor. Tenía él recetas para extirpar de un campo la luciola, la nequilla, la arveja, la grama, el cardo, todas las yerbas parásitas que viven á expensas del trigo y demas cereales. Defendía una madriquera contra las ratas, sin más que introducir en ella un conejo de Berbería, cuyo olor las ahuyentaba.

Cierto dia vió á unas gentes del pais muy ocupadas en arrancar ortigas; miró aquel monton de plantas desarraigadas, secándose ya y dijo: — Están muertas: y sin embargo serian útiles, si se supiera servirse de ellas. Cuando la ortiga

es tierna, si *yoja* es una legumbre excelente: cuando envejece, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga vale tanto como la del cáñamo. Picada, la ortiga es buena para las gallinas; machacada, sirve para el ganado vacuno. La simiente de ortiga, mezclada con el forraje, pone lustroso el pelo de los animales; la raíz, mezclada con sal, produce un hermoso color amarillo. Además, es un excelente heno que puede segarse dos veces. ¿Y qué es lo que necesita la ortiga? Poca tierra, ningun cuidado, ninguna cultura. Sólo que la simiente cae á medida que va madurando, y es difícil de cosechar. Nada más. Tomándose alguna molestia, la ortiga sería útil: se la abandona, y se convierte en nociva. Entónces se la mata. ¡Cuántos hombres no se asemejan á la ortiga! — Y despues de un momento de silencio, añadió: Amigos míos, retened lo que voy á deciros: no hay malas yerbas ni malos hombres. No hay sino malos cultivadores.

Los niños le amaban tambien, porque sabía hacerles labores muy lindas de paja y de nueces de cocotero.

Cuando veía la puerta de una iglesia tendida de negro, entraba: buscaba él un entierro como otros buscan un bautizo. La viudez y la desgracia ajenas le atraían, á causa de su grande amabilidad; mezclábase con los amigos que se hallaban en duelo, con las familias enlutadas, con los sacerdotes que gemían en torno de un féretro; y como que parecía dar de buen grado por texto á sus pensamientos esas fúnebres salmodias llenas de la vision de otro mundo. Puesta la vista en el cielo, escuchaba él, con cierta especie de aspiracion hácia todos los misterios del infinito, esas voces tristes que cantan en el borde del oscuro abismo de la muerte.

Practicaba una multitud de buenas acciones, ocultándose, como se oculta el que practica las malas. Penetraba á hurtadillas, por la noche, en las casas: subía las esca-

leras furtivamente. Un pobre diablo, al entrar en su guardilla, encontraba que su puerta había sido abierta, y aún á veces forzada en su ausencia. El pobre hombre se quejaba enojado gritando: ¡Algun malhechor que ha venido! Entraba y lo primero que veía era una moneda de oro olvidada sobre un mueble. El « malhechor » que había venido, era el tío Magdalena.

Era afable y triste. El pueblo solía decir: Hé ahí un hombre rico que no tiene trazas de orgulloso, y un hombre feliz que no se muestra contento.

Algunos opinaban que era un personaje misterioso, y afirmaban que jamás entraba nadie en su cuarto, el cual era una verdadera celda de anacoreta, amueblada de relojes de arena con alas y adornada con tibias en forma de cruz y con calaveras. Tanto se decía esto, que un día, ciertas señoras jóvenes, elegantes y algo zumbonas de M., fueron á su casa y le preguntaron:—¿No tendría inconveniente el señor corregidor en enseñarnos su cuarto? Dicen por ahí que es una gruta.—Él se sonrió, y las introdujo al instante en aquella « gruta ». Pero bien castigadas quedaron ellas de su curiosidad; pues hallaron que era una habitación guarnecida buenamente con muebles de caoba bastante feos, como todos los muebles de este género, revestidas las paredes con papel de á doce sueldos. Lo único que pudieron notar fué que había dos candeleros, de forma antigua, colocados sobre la chimenea, y que tenían trazas de ser de plata, « pues estaban marcados. » Observación llena de sagacidad en las pequeñas poblaciones.

Mas no por eso dejó de continuar en la villa el rumor de que nadie entraba jamás en aquel cuarto, y que era una caverna de ermitaño, un tabuco, un agujero, una tumba.

También se cuchicheaba que tenía sumas « inmensas » depositadas en casa de Laffitte, con la particularidad de que siempre estaban á su inmediata disposición; de suerte que,

añadían, el señor Magdalena podría llegar una mañana á casa de Laffitte, firmar un recibo, y llevarse sus dos ó tres millones en diez minutos. En realidad, estos « dos ó tres millones » se reducían, como hemos dicho ya, á seiscientos treinta ó cuarenta mil francos.



IV

EL SEÑOR MAGDALENA DE LUTO

Á principios de 1821, anunciaron los periódicos el fallecimiento del señor Myriel, obispo de D., «llamado *monseñor Bienvenido*, » y muerto en olor de santidad, á la edad de ochenta y dos años.

Añadiremos aquí un detalle que omitieron los periódicos de la época : el obispo de D. se hallaba, cuando murió, ciego hacía ya algunos años, y contento sin embargo, teniendo á su hermana consigo.

Digámoslo de paso, ser ciego y ser amado, es en efecto en este mundo, donde nada es completo, una de las formas más extrañamente exquisitas de la dicha. Tener continuamente á su lado una mujer, una hija, una hermana, un sér encantador, que está ahí, porque tenemos necesidad de él, y porque él no puede pasarse sin nosotros ; saber que somos indispensables á aquel sér á quien necesitamos ; poder á cada

instante medir su afeccion por la cantidad de presencia que nos da, y decirnos : pues que nos consagra todo su tiempo, es que todo su corazon nos pertenece ; ver el pensamiento, á falta de poder ver la cara ; comprobar la fidelidad de un sér en el eclipse del mundo ; percibir el roce de un vestido como un ruido de alas. oírle que va y que viene, que sale, que vuelve á entrar, que habla, que canta ; y pensar que somos el centro de aquellos pasos, de aquella palabra, de aquel canto ; manifestar á cada minuto su propia atraccion ; sentirnos tanto más poderosos cuanto más enfermos ; ser en la oscuridad, y por la oscuridad, el astro en derredor del cual gravita aquel ángel... pocas felicidades igualan á esta. La suprema dicha de la vida es la conviccion de ser amado ; amado por sí mismo, mejor diremos, amado á pesar de sí mismo ; y esta conviccion, la tiene el ciego. En tal angustia, ser servido es ser acariciado. ¿ Le falta algo ? No. ¡ Nunca pierde la luz quien conserva el amor, y qué amor ! un amor enteramente hecho de virtud. No hay ceguedad donde hay certidumbre. El alma, á tientas, busca al alma, y la encuentra. Y esta alma encontrada y probada es una mujer. Una mano nos sostiene, es la suya ; unos labios nos rozan la frente, son sus labios ; oímos una respiracion junto á nosotros, es ella la que respira. Recibirlo todo de ella, desde su culto hasta su compasion, no verse abandonado jamas, tener aquella dulce debilidad que nos socorre, apoyarse en aquella caña firme y robusta, tocar con sus manos á la Providencia y poderla tomar en sus brazos ; ¡ Dios palpable, qué enajenamiento ! El corazon, esta oscura flor celestial, entra en una dilatacion misteriosa. ¡ No daríamos aquella sombra por toda la claridad ! El alma ángel está allí, allí sin cesar ; si se aleja, es para volver al momento ; se borra como el sueño y reaparece como la realidad. ¡ Se siente el calor que se acerca, ahí está ! Se rebosa de serenidad, de alegría, de éxtasis ; se convierte uno en res-

plandor de la noche; y rodéanle mil cuidados finos y minuciosos, frioleras que son enormes en el vacío de la vida. Los más inefables acentos de la voz femenina empleados en mecernos, y supliendo para nosotros al universo eclipsado. Hállase uno acariciado con el alma. Nada ve, es verdad, pero se siente adorado, en un paraíso de tinieblas.

Desde este paraíso había pasado monseñor Bienvenido al otro.

El anuncio de su muerte fue reproducido por el boletín local de M.; y el señor Magdalena apareció al otro día vestido enteramente de negro, con una gasa en el sombrero.

Llamó la atención este luto en la villa, y se charló bastante sobre tal suceso. Pareció ser como una vislumbre sobre el origen del señor Magdalena; deduciéndose que tenía alguna alianza de parentesco con el venerable prelado. *Lleva luto por el obispo de D.*, decían en los salones; lo cual realzó mucho al señor Magdalena, y le dió súbitamente y de un golpe cierta consideración entre la nobleza de M. El microscópico barrio de San German de la población trató de hacer que cesara la especie de cuarentena en que tenía al alcalde, presunto pariente de un obispo. El señor Magdalena se apercibió del ascenso que obtenía por el mayor número de reverencias que le hacían las viejas y por las sonrisas de las jóvenes. Cierta noche, una decana de aquella alta sociedad, curiosa por derecho de primogenitura, se aventuró á preguntarle:

— ¿El señor corregidor es sin duda primo del difunto obispo de D.?

— No, señora, respondió él.

— Pero, repuso la anciana, ¿usted lleva luto por monseñor?

— Es que, en mi juventud, fui lacayo en su familia, contestó el señor Magdalena.

Una observación hicieron también en el pueblo: que

cada vez que pasaba por allí algún saboyanito recorriendo el país para deshollar chimeneas, el señor corregidor le hacía llamar, le preguntaba su nombre, y le daba dinero. Los saboyanitos se lo decían unos á otros, y pasaban muchos por el pueblo

V

VAGOS RESPLANDORES EN EL HORIZONTE

Con el tiempo, fuéronse desvaneciendo y disipando poco á poco todas las oposiciones. Había habido al principio contra el señor Magdalena, en virtud de esa especie de ley que sufren siempre los que se elevan, infamias y calumnias; despues ya sólo fueron maldades; y por último degeneraron estas en malignas invectivas, hasta que al fin toda prevencion desapareció enteramente; el respeto hácia él llegó á ser completo, unánime, cordial; en términos que, en el año 1821, esta palabra: El señor corregidor, era pronunciada en M. casi con el mismo acento que esta otra palabra: Monseñor obispo, se pronunciaba en D. en 1815. De diez leguas á la redonda venian á consultar al señor Magdalena. Él ponía término á las discordias, evitaba los pleitos y reconciliaba á los enemigos. Cada cual le tomaba por juez de su buen derecho. Diríase que tenía

por alma el libro de la ley natural. Fué aquello como un contagio de veneracion que, en seis ó siete años, y gradualmente, se propagó en todo el país.

Sólo un hombre, en la villa y en el distrito, se sustrajo absolutamente á este contagio, y por más que hiciese el tío Magdalena, permaneció siempre rebelde, como si una especie de instinto, incorruptible é imperturbable, le despertara y le inquietara. Parece, en efecto, que existe en ciertos hombres un verdadero instinto bestial, puro é integro como todo instinto, que crea las antipatias y las simpatias, que separa fatalmente una naturaleza de otra naturaleza, que no vacila, que no se turba, ni calla ni se desmiente jamas, claro en su oscuridad, infalible, imperioso, refractario á todos los consejos de la inteligencia y á todos los disolventes de la razon, y que, de cualquiera manera que los destinos se operen, advierte secretamente al hombre-perro la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro la presencia del hombre-leon.

Sucedía con frecuencia que, cuando el señor Magdalena pasaba por una calle, tranquilo, apacible, afectuoso, objeto de las bendiciones de todos, un hombre de elevada estatura, vestido con una levita gris de hierro, armado de un baston grueso y cubierto con un sombrero caido de alas, se volvía bruscamente tras él, y le seguía con la vista, hasta que desaparecia, cruzando los brazos, meneando lentamente la cabeza, y levantando el labio superior, empujado por el inferior, hasta la nariz, especie de gesto significativo que podria traducirse por: —¿Qué especie de hombre será este? — De seguro que yo le he visto en alguna parte. — En todo caso, lo que es á mí, no me engaña.

Este personaje grave, pero de una gravedad casi amenazadora, era de esos que, áun vistos á la ligera, preocupan al observador.

Llamábase Javert, y era de la policia.

Desempeñaba en M. las funciones penosas, pero útiles, de inspector. No había presenciado los primeros tiempos de Magdalena en aquella población. Javert debía el puesto que ocupaba á la proteccion de M. Chabouillet, secretario del ministro de Estado conde Anglès, entónces prefecto de policia en París. Cuando Javert había llegado á M., la fortuna del gran manufacturero estaba ya hecha, y el tío Magdalena se había convertido en el señor Magdalena.

Ciertos oficiales de policia tienen una fisonomia especial, que suele complicarse con un porte de bajeza mezclado con un tono de autoridad. Javert tenía esta fisonomia, ménos la bajeza.

En nuestra conviccion, si las almas fueran materialmente visibles, veríase con claridad esta circunstancia extraña: que cada uno de los individuos de la especie humana corresponde á alguna de las especies de la creacion animal; y podria reconocerse fácilmente esta verdad, apénas entrevista por el pensador: que, desde la ostra hasta el águila, desde el puerco hasta el tigre, todos los animales están en el hombre, y cada uno de ellos se halla en un hombre. Á veces aún varios de ellos en un mismo individuo de la especie humana.

Los animales no son otra cosa que las figuras de nuestras virtudes y de nuestros vicios, errantes á nuestra vista, los fantasmas visibles de nuestras almas. Dios nos los pone delante para hacernos reflexionar. Sólo que, como los animales no son sino sombras, no los ha hecho Dios educables en el sentido completo de la palabra; ¿y para qué? al contrario, siendo nuestras almas realidades y teniendo un fin que las es propio, Dios las ha dado la inteligencia, es decir, la educacion posible. La educacion social bien hecha puede siempre sacar de un alma, cualquiera que ella sea, la utilidad que contiene.

Dicho sea esto, se entiende, bajo el punto de vista limi-

tado ó restringido de la vida terrestre aparente, y sin pre-juizar la profunda cuestion de la personalidad anterior ó ulterior de los seres que no son el hombre. El yo visible no autoriza de ninguna manera al pensador para negar el yo latente. Una vez hecha esta reserva, pasemos adelante.

Ahora bien, si se admite con nosotros por un momento que en todo hombre hay una de las especies animales de la creacion, nos será fácil decir lo que era el oficial de paz Javert.

Los campesinos de Astúrias están convencidos de que en cada camada de loba hay un perro, al cual mata la madre, sin cuya precaucion, cuando fuera grande, devoraria á los otros hijuelos.

Suponed un rostro humano á este perro hijo de una loba, y tendréis á Javert.

Javert había nacido en una cárcel, de una tiradora de cartas cuyo marido estaba en galeras. Al hacerse hombre, pensó que se hallaba fuera de la sociedad, y perdió toda esperanza de volver á entrar jamas en ella. Observó que la sociedad mantiene irremisiblemente fuera de sí dos clases de hombres, los que la atacan y los que la guardan; no había eleccion posible para él sino entre estas dos clases; al mismo tiempo se sentia no sé qué fondo de rigidez, de regularidad y de probidad, complicado con un inexplicable odio hácia esa raza de boemios á la cual pertenecía él; lo que le decidió á entrar en la policia, donde hizo carrera, llegando á ser inspector á la edad de cuarenta años.

En su juventud había estado empleado en las chusmas del Mediodía.

Ántes de pasar más adelante, entendámonos sobre esta palabra rostro humano que hemos aplicado poco há á Javert.

El rostro humano de Javert consistia en una nariz roma, con dos profundas fosas hácia las cuales ascendian en sus

carrillos unas enormes patillas. Se experimentaba cierto sentimiento de repugnancia la primera vez que se veían aquellos dos bosques y aquellas dos cavernas. Cuando Javert reía, lo que era bastante raro y terrible, sus labios delgados se separaban dejando ver no sólo sus dientes, sino sus encías, y formándose al rededor de la nariz un repliegue comprimido y salvaje, semejante al del morro de un venado. Serio, Javert era un dogo; riendo, era un tigre. En lo demás, poco cráneo, y muchas mandíbulas; el pelo ocultando la frente y cayendo sobre sus cejas; un fruncimiento central permanente entre los dos ojos formando como una estrella de ira; la mirada oscura; la boca encogida y siniestra y el ademán de mando feroz.

Hallábase compuesto este hombre de dos sentimientos muy sencillos y relativamente muy buenos; pero que casi los hacía él malos á fuerza de exagerarlos, el respeto á la autoridad y el odio á la rebelion; y á sus ojos, el robo, el homicidio, todos los crímenes, no eran sino diversas formas de la rebelion. Envolvía en una especie de fe ciega y profunda todo cuanto ejerce una función en el Estado, desde el primer ministro hasta el guarda campestre. Cubría de menosprecio y de aversion todo lo que había rebotado una sola vez siquiera el dintel legal del delito. Era absoluto y no admitía excepciones. Por una parte decía: — El funcionario no puede equivocarse; el magistrado no deja de tener razón jamás. Y por otra: — Estas son gentes perdidas sin remedio, y para siempre. Nada bueno puede salir de ellas nunca. Participaba enteramente de la opinión de esos espíritus extremos que atribuyen á la ley humana no sé qué poder de hacer, ó si se quiere, de encontrar demonios y que colocan una Estigia en las regiones bajas de la sociedad. Era estoico, serio, austero; triste y caviloso, humilde y altanero como los fanáticos. Su mirada parecía una barrena: talera de fría y penetrante. Toda su vida se com-

pendiaba en estas dos palabras: velar y vigilar. Había él introducido la línea recta allí donde existen las vías más tortuosas de este mundo; tenía la conciencia de su utilidad, la religión de sus funciones, y era un espion, como se puede ser un sacerdote, por sentimiento y por deber. ¡Desgraciado el que cayera en sus manos! Habría él capturado á su padre si se evadiera de la prision, ó denunciado á su madre huyendo del castigo: y lo habría hecho con esa especie de satisfaccion interior que da la virtud. Juntamente con todo esto, una vida de privaciones, de aislamiento, de abnegacion, de castidad; sin permitirse jamás la más mínima distraccion. Era aquel hombre el deber implacable, la policia comprendida como los espartanos comprendían á Esparta, un acecho inclemente y desapiadado, una probidad feroz, un espion marmóreo, Bruto en Vidocq.

Toda la persona de Javert revelaba al hombre que espía y se oculta. La escuela mística de José de Maistre, que en aquella época sazonaba con sus altas cosmogonías lo que á la sazon se llamaba los periódicos ultras, no habría dejado de decir que Javert era un símbolo. No se veía su frente, la cual desaparecía bajo el sombrero; no se veían tampoco sus ojos, escondidos bajo las cejas; no se veía su barba, enterrada en la corbata; no se veían sus manos, guardadas dentro de las mangas; no se veía su baston, que ocultaba bajo la levita. Pero llegada la ocasion, veíase de repente salir de toda aquella sombra, como de una emboscada, una frente angulosa y estrecha, una mirada horrenda, una barba amenazadora, unas manos enormes y un monstruoso garrote.

En sus momentos de ocio, que eran muy raros, á pesar de que aborrecía los libros, leía sin embargo; por consiguiente no era completamente lego, lo que se conocía desde luego por cierto énfasis que él daba á sus palabras.

Hemos dicho que no tenía ningun vicio. Cuando estaba